

## PRIMERA PARTE

### CAPÍTULO PRIMERO

**E**STÁBAMOS en la sala de estudio cuando entró el director, seguido de un «novato» con atuendo pueblerino y de un bedel cargado con un gran pupitre. Los que dormitaban se despertaron, y todos se fueron poniendo de pie como si los hubieran sorprendido en su trabajo.

El director nos hizo seña de que volviéramos a sentarnos; luego, dirigiéndose al vigilante, le dijo a media voz:

—Señor Roger, aquí tiene a un alumno que le recomiendo, entra en segundo. Si por su aplicación y su conducta lo merece, pasará a la clase de los mayores, como corresponde a su edad.

El «novato», que se había quedado en la esquina, detrás de la puerta, de modo que apenas se le veía, era un mozo del campo, de unos quince años, y de una estatura mayor que cualquiera de nosotros. Llevaba el pelo cortado en flequillo como un sacristán de pueblo, y parecía formal y muy azorado. Aunque no era ancho de hombros, su chaqueta de paño verde con botones negros debía de molestarle en las sisas, y por la abertura de las bocamangas se le veían unas muñecas rojas de ir siempre remangado. Las piernas, embutidas en medias azules, salían de un pantalón amarillento muy estirado por los tirantes. Calzaba zapatones, no muy limpios, guarnecidos de clavos.

Comenzaron a recitar las lecciones. El muchacho las escuchó con toda atención, como si estuviera en el sermón, sin ni siquiera atreverse a cruzar las piernas ni apoyarse en el codo, y a las dos, cuando sonó la campana, el vigilante tuvo que avisarle para que

se pusiera con nosotros en la fila.

Teníamos costumbre al entrar en clase de tirar las gorras al suelo para tener después las manos más libres; había que echarlas desde el umbral para que cayeran debajo del banco, de manera que pegasen contra la pared levantando mucho polvo; era nuestro estilo.

Pero, bien porque no se hubiera fijado en aquella maniobra o porque no quisiera someterse a ella, ya se había terminado el rezo y el «novato» aún seguía con la gorra sobre las rodillas. Era uno de esos tocados de orden compuesto, en el que se encuentran reunidos los elementos de la gorra de granadero, del *chapska*<sup>1</sup>, del sombrero redondo, de la gorra de nutria y del gorro de dormir; en fin, una de esas pobres cosas cuya muda fealdad tiene profundidades de expresión como el rostro de un imbécil. Ovoide y armada de ballenas, comenzaba por tres molduras circulares; después se alternaban, separados por una banda roja, unos rombos de terciopelo con otros de pelo de conejo; seguía luego una especie de bolso rematado en un polígono de cartón guarnecido de un bordado en trencilla complicada, de donde pendía, al cabo de un largo cordón muy fino, una cruceta en forma de borla. Era una gorra nueva y la visera relucía.

—Póngase de pie —le dijo el profesor.

El «novato» se levantó; la gorra cayó al suelo. Toda la clase se echó a reír.

Se inclinó para recogerla. El compañero que tenía al lado se la volvió a tirar de un codazo, él volvió a recogerla.

—Deje ya en paz su gorra —dijo el profesor, que era hombre de chispa.

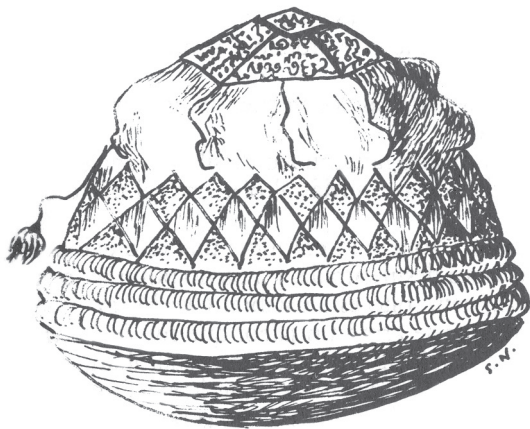
Los colegas estallaron en una carcajada que desconcertó al pobre muchacho, de tal modo que no sabía si había que tener la gorra en la mano, dejarla en el suelo o ponérsela en la cabeza. Volvió a sentarse y la puso sobre las rodillas.

—Póngase de pie —le ordenó el profesor—, y dígame su nombre.

El «novato», tartajando, articuló un nombre ininteligible.

---

<sup>1</sup> Tocado de origen polaco con que se cubrían los lanceros del Segundo Imperio.



Gorra del joven Bovary

—¡Repita!

Se oyó el mismo tartamudeo de sílabas, ahogado por los abucheos de la clase. «¡Más alto!», gritó el profesor, «¡más alto!».

El «novato», tomando entonces una resolución extrema abrió una boca desmesurada, y a pleno pulmón, como para llamar a alguien, soltó esta palabra: *Charbovari*.

Súbitamente se armó un jaleo, que fue *in crescendo*, con gritos agudos (aullaban, ladraban, pataleaban, repetían a coro: ¡*Charbovari, Charbovari!*) que luego fue rodando en notas aisladas, y calmándose a duras penas, resurgiendo a veces de pronto en algún banco donde estallaba aisladamente, como un petardo mal apagado, alguna risa ahogada.

Sin embargo, bajo la lluvia de amenazas, poco a poco se fue restableciendo el orden en la clase, y el profesor, que por fin logró captar el nombre de Charles Bovary, después de que éste se lo dictó, deletreó y releyó, ordenó inmediatamente al pobre diablo que fuera a sentarse en el banco de los desaplicados al pie de la tarima del profesor.

El muchacho se puso en movimiento, pero antes de echar a andar, vaciló.

—¿Qué busca? —le preguntó el profesor.

—Mi go... —repuso tímidamente el «novato», dirigiendo miradas inquietas a su alrededor.

—¡Quinientos versos a toda la clase! —pronunciado con voz furiosa, abortó, como el *Quos ego*<sup>2</sup>, una nueva borrasca—. ¡A ver si se callan de una vez! —continuó indignado el profesor, mientras se enjugaba la frente con un pañuelo que se había sacado de su gorro—: y usted, «el nuevo», me va a copiar veinte veces el verbo *ridiculus sum*...

Luego, en tono más suave:

—Ya encontrará su gorra: no se la han robado.

Todo volvió a la calma. Las cabezas se inclinaron sobre las carpetas, y el «novato» permaneció durante dos horas en una

---

<sup>2</sup> Palabras tomadas de la *Eneida* que Virgilio, su autor, pone en boca de Neptuno, irritado contra los vientos desencadenados en el mar. En la boca del vigilante expresan la cólera y la amenaza a los alumnos. Obsérvese la importancia del latín en aquella época.

compostura ejemplar, aunque, de vez en cuando, alguna bolita de papel lanzada desde la punta de una pluma iba a estrellarse en su cara. Pero se limpiaba con la mano y permanecía inmóvil con la vista baja.

Por la tarde, en el estudio, sacó sus manguitos del pupitre, puso en orden sus cosas, rayó cuidadosamente el papel. Le vimos trabajar a conciencia, buscando todas las palabras en el diccionario y haciendo un gran esfuerzo. Gracias, sin duda, a la aplicación que demostró, no bajó a la clase inferior, pues, si sabía bastante bien las reglas, carecía de elegancia en los giros. Había empezado el latín con el cura de su pueblo, pues sus padres, por razones de economía, habían retrasado todo lo posible su entrada en el colegio.

Su padre, el señor Charles-Denis-Bartholomé Bovary, antiguo ayudante de capitán médico, comprometido hacia 1812 en asuntos de reclutamiento y obligado por aquella época a dejar el servicio, aprovechó sus prendas personales para cazar al vuelo una dote de setenta mil francos que se le presentaba en la hija de un comerciante de géneros de punto, enamorada de su tipo. Hombre guapo, fanfarrón, que hacía sonar fuerte sus espuelas, con unas patillas unidas al bigote, los dedos llenos de sortijas, tenía el aire de un valentón y la vivacidad desenvuelta de un viajante de comercio. Ya casado, vivió dos o tres años de la fortuna de su mujer, comiendo bien, levantándose tarde, fumando en grandes pipas de porcelana, y por la noche no regresaba a casa hasta después de haber asistido a los espectáculos y frecuentado los cafés. Murió su suegro y dejó poca cosa; el yerno se indignó y se metió a fabricante, perdió algún dinero, y luego se retiró al campo donde quiso explotar sus tierras. Pero, como entendía de agricultura tanto como de fabricante de telas de algodón, montaba sus caballos en lugar de enviarlos a labrar, bebía la sidra de su cosecha en botellas en vez de venderla por barricas, se comía las más hermosas aves de su corral y engrasaba sus botas de caza con tocino de sus cerdos, no tardó nada en darse cuenta de que era mejor abandonar toda especulación.

Por doscientos francos al año, encontró en un pueblo, en los confines del País de Caux<sup>3</sup>, y de la Picardía, para alquilar una especie de vivienda, mitad granja, mitad casa señorial; y des-

pechado, consumido de pena, envidiando a todo el mundo, se encerró a los cuarenta y cinco años, asqueado de los hombres, decía, y decidido a vivir en paz.

Su mujer, en otro tiempo, había estado loca por él; lo había amado con mil servilismos, que lo apartaron todavía más de ella. En otra época jovial, expansiva y tan enamorada, se había vuelto, al envejecer, como el vino destapado que se convierte en vinagre, de humor difícil, chillona y nerviosa. ¡Había sufrido tanto, sin quejarse, al principio, cuando le veía correr detrás de todas las mozas del pueblo y regresar de noche de veinte lugares de perdición, hastiado y apestando a vino! Después, su orgullo se había rebelado. Entonces se calló tragándose la rabia en un estoicismo mudo que guardó hasta su muerte.

Siempre andaba de compras y de negocios. Iba a visitar a los procuradores, al presidente de la audiencia, recordaba el vencimiento de las letras, obtenía aplazamientos, y en casa planchaba, cosía, lavaba, vigilaba a los obreros, pagaba las cuentas, mientras que, sin preocuparse de nada, el señor, continuamente embotado en una somnolencia gruñona de la que no se despertaba más que para decirle cosas desagradables, permanecía fumando al lado del fuego, escupiendo en las cenizas.

Cuando tuvo un niño, hubo que buscarle una nodriza. Vuelto a casa, el crío fue mimado como un príncipe. Su madre lo alimentaba con golosinas; su padre le dejaba corretear descalzo, y para dárselas de filósofo, decía que incluso podía muy bien ir completamente desnudo, como las crías de los animales. Contrariamente a las tendencias maternas, él tenía en la cabeza un cierto ideal viril de la infancia según el cual trataba de formar a su hijo, deseando que se educase duramente, a la espartana<sup>4</sup>, para que adquiriese una buena constitución. Le hacía acostarse en una cama sin calentar, le daba a beber grandes tragos de ron y le enseñaba a hacer burla de las procesiones. Pero el niño, de carácter pacífico, respondía mal a los esfuerzos paternos. Su madre le llevaba siempre pegado a sus faldas, le recortaba figuras de cartón, le contaba cuentos, conversaba con él en monólogos interminables, llenos de alegrías melancólicas

---

<sup>3</sup> El *Pays de Caux* se sitúa en la alta Normandía, en el valle bajo del Sena, limitando con la región de Picardía.

y de zalamerías parlanchinas. En la soledad de su vida, trasplantó a aquella cabeza infantil todas sus frustraciones. Soñaba con posiciones elevadas, le veía ya alto, guapo, inteligente, situado, ingeniero de caminos, canales y puertos o magistrado. Le enseñó a leer e incluso, con un viejo piano que tenía, aprendió a cantar dos o tres pequeñas romanzas. Pero a todo esto el señor Bovary, poco interesado por las letras, decía que todo aquello no valía la pena.

¿Tendrían algún día con qué mantenerle en las escuelas del estado, comprarle un cargo o el traspaso de una tienda? Por otra parte, un caradura triunfa siempre en la vida. La señora Bovary se mordía los labios mientras que el niño andaba suelto por el pueblo.

Se iba con los labradores y espantaba a terronazos los cuervos que volaban. Comía moras a lo largo de las cunetas, guardaba los pavos con una vara, segaba las mieses, corría por el bosque, jugaba a la rayuela en el pórtico de la iglesia y en las grandes fiestas pedía al sacristán que le dejase tocar las campanas, para colgarse con todo su peso de la cuerda grande y sentirse transportado por ella en su vaivén.

Así creció como un roble, adquiriendo fuertes manos y bellos colores.

A los doce años, su madre consiguió que comenzara sus estudios. Encargaron de ellos al cura. Pero las lecciones eran tan cortas y tan mal aprovechadas, que no podían servir de gran cosa. Era en los momentos perdidos cuando se las daba, en la sacristía, de pie, de prisa, entre un bautizo y un entierro; o bien el cura mandaba buscar a su alumno después del *Angelus*, cuando no tenía que salir. Subían a su cuarto, se instalaban los dos juntos: los moscardones y las mariposas nocturnas revoloteaban alrededor de la luz. Hacía calor, el chico se dormía, y el bueno del preceptor, amodorrado, con las manos sobre el vientre, no tardaba en roncar con la boca abierta. Otras veces, cuando el señor cura, al regresar de llevar el Viático a un enfermo de los alrededores, veía a Charles vagando por el campo,

---

<sup>4</sup> Las ideas pedagógicas del *Emilio* de Rousseau siguen vigentes y el padre de Charles Bovary las asume como programa para la educación de su hijo, incorporando, además, sus propias ideas pintorescas.

le llamaba, le sermoneaba un cuarto de hora y aprovechaba la ocasión para hacerle conjugar un verbo al pie de un árbol. Hasta que venía a interrumpirles la lluvia o un conocido que pasaba. Por lo demás, el cura estaba contento de su discípulo e incluso decía que tenía buena memoria.

Charles no podía quedarse así. La señora Bovary tomó una decisión. Avergonzado, o más bien cansado, su marido cedió sin resistencia y se aguardó un año más hasta que el chico hiciera la Primera Comunión.

Pasaron otros seis meses, y al año siguiente, por fin, mandaron a Charles al Colegio de Rouen, adonde le llevó su padre en persona, a finales de octubre, por la feria de San Román.

Hoy ninguno de nosotros podría recordar nada de él. Era un chico de temperamento moderado, que jugaba en los recreos, trabajaba en las horas de estudio, estaba atento en clase, dormía bien en el dormitorio general, comía bien en el refectorio. Tenía por tutor a un ferretero mayorista de la calle Ganterie, que le sacaba una vez al mes, los domingos, después de cerrar su tienda, lo llevaba a pasear por el puerto para ver los barcos y después lo volvía a acompañar al colegio, antes de la cena. Todos los jueves por la noche escribía una larga carta a su madre, con tinta roja y tres lacres; después repasaba sus apuntes de historia, o bien un viejo tomo de *Anacharsis*<sup>5</sup> que andaba por la sala de estudios. En el paseo charlaba con el criado, que era del campo como él.

A fuerza de aplicación, se mantuvo siempre hacia la mitad de la clase; una vez incluso ganó un primer accésit de historia natural. Pero, al terminar el cuarto año, sus padres le retiraron del colegio para hacerle estudiar medicina, convencidos de que podía por sí solo terminar el bachillerato.

Su madre le buscó una habitación en un cuarto piso, que daba a l'Eau-de-Robec, en casa de un tintorero conocido. Últimó los detalles de la pensión, se procuró unos muebles, una mesa y dos sillas, mandó traer de su casa una vieja cama de cerezo silvestre y compró además una pequeña estufa de hierro junto con la leña necesaria para que su pobre hijo se calentara.

---

<sup>5</sup> *Anacharsis en Grèce* es el título de un libro escrito por el padre Barthélemy, en 1708, y que constituye una reconstitución hábil de la vida pública y privada de los griegos en el siglo IV a. C.



Al cabo de una semana se marchó, después de hacer mil recomendaciones a su hijo para que se comportase bien, ahora que iba a «quedarse solo».

El programa de clases que leyó en el tablón de anuncios le hizo el efecto de un mazazo: clases de anatomía, patología, fisiología, farmacia, química y botánica, y de clínica y terapéutica, sin contar la higiene y la materia médica, nombres todos cuyas etimologías ignoraba y que eran otras tantas puertas de santuarios llenos de augustas tinieblas.

No se enteró de nada de todo aquello por más que escuchaba, no captaba nada. Sin embargo, trabajaba, tenía los cuadernos forrados, seguía todas las clases, no perdía una sola visita. Cumplía con su tarea cotidiana como un caballo de noria que da vueltas con los ojos vendados sin saber lo que hace.

Para evitarle gastos, su madre le mandaba cada semana, por el recadero, un trozo de ternera asada al horno, con lo que comía a mediodía cuando volvía del hospital dando patadas a la pared para calentarse los pies. Después había que salir corriendo para las lecciones, al anfiteatro, al hospicio, y volver a casa recorriendo todas las calles. Por la noche, después de la frugal cena de su patrón, volvía a su habitación y reanudaba su trabajo con las ropas mojadas que humeaban sobre su cuerpo delante de la estufa al rojo.

En las hermosas tardes de verano, a la hora en que las calles tibias están vacías, cuando las criadas juegan al volante<sup>6</sup> en el umbral de las puertas, abría la ventana y se asomaba. El río, que hace de este barrio de Rouen como una innoble pequeña Venecia, corría allá abajo, amarillo, violeta, o azul, entre puentes, y algunos obreros agachados a la orilla se lavaban los brazos en el agua.

De lo alto de los desvanes salían unas varas de las que colgaban madejas de algodón puestas a secar al aire. Enfrente, por encima de los tejados, se extendía el cielo abierto y puro, con el sol rojizo del ocaso. ¡Qué bien se debía de estar allí! ¡Qué frescor bajo el bosque de hayas! Y el muchacho dilataba las aletas de la nariz para aspirar los buenos olores del campo, que no

---

<sup>6</sup> Se juega con raquetas, como el tenis, y consiste en lanzar y devolver una pelota ligera de corcho o de madera, provista de unas plumas en corona.

llegaban hasta él.

Adelgazó, creció y su cara tomó una especie de expresión doliente que le hizo casi interesante.

Naturalmente, por pereza, llegó a desligarse de todas las resoluciones que había tomado. Un día faltó a la visita, al siguiente a clase, y saboreando la pereza poco a poco, no volvió más a clase.

Se aficionó a la taberna con la pasión del dominó. Encerrarse cada noche en un sucio establecimiento público, para golpear sobre mesas de mármol con huesecitos de cordero marcados con puntos negros, le parecía un acto precioso de su libertad que le aumentaba su propia estimación. Era como la iniciación en el mundo, el acceso a los placeres prohibidos, y al entrar ponía la mano en el pomo de la puerta con un goce casi sensual.

Entonces muchas cosas reprimidas en él se liberaron; aprendió de memoria coplas que cantaba en las fiestas de bienvenida. Se entusiasmó por Béranger, aprendió también a hacer ponche y conoció el amor.

Gracias a toda esa actuación, fracasó por completo en su examen de «oficial de sanidad»<sup>7</sup>. Aquella misma noche le esperaban en casa para celebrar su éxito.

Marchó a pie y se detuvo a la entrada del pueblo, donde mandó a buscar a su madre, a quien contó todo. Ella le consoló, achacando el suspenso a la injusticia de los examinadores, y le tranquilizó un poco encargándose de arreglar las cosas. Sólo cinco años después el señor Bovary supo la verdad; como ya había pasado mucho tiempo, la aceptó, ya que no podía suponer que un hijo suyo fuese un tonto.

Charles volvió al trabajo y preparó sin interrupción los temas de su examen cuyas cuestiones se aprendió previamente de memoria. Aprobó con bastante buena nota. ¡Qué día tan feliz para su madre! Hubo una gran cena.

¿Adónde iría a ejercer su profesión? A Tostes. Allí no ha-

---

<sup>7</sup> En Francia, de 1803 a 1892, médico que no tenía el título de doctor en medicina. El diploma de Oficial de Sanidad era otorgado por las Facultades de Medicina y facultaba para ejercer la profesión en un departamento determinado, pero no para hacer operaciones quirúrgicas importantes en ausencia de un doctor.

bía más que un médico ya viejo. Desde hacía mucho tiempo la señora Bovary esperaba su muerte, y aún no se había ido al otro barrio el buen señor cuando ya Charles se había establecido en frente como sucesor suyo.

Pero la misión de la señora Bovary no terminó con haber criado a su hijo, haberle hecho estudiar medicina y haber descubierto Tostes para ejercerla: necesitaba una mujer. Y le buscó una: la viuda de un escribano de Dieppe, que tenía cuarenta y cinco años y mil doscientas libras de renta.

Aunque era fea, seca como un palo y con tantos granos en la cara como brotes en una primavera, la verdad es que a la señora Dubuc no le faltaban partidos para escoger. Para conseguir su propósito, mamá Bovary tuvo que espantarlos a todos, y desbarató muy hábilmente las intrigas de un chacinero que estaba apoyado por los curas.

Charles había vislumbrado en el matrimonio la llegada de una situación mejor, imaginando que sería más libre y que podría disponer de su persona y de su dinero. Pero su mujer fue el ama; delante de todo el mundo él tenía que decir esto, no decir aquello, guardar abstinencia los viernes, vestirse como ella quería, apremiar, siguiendo sus órdenes, a los clientes morosos. Ella le abría las cartas, le seguía los pasos y le escuchaba a través del tabique dar sus consultas cuando tenía mujeres en su despacho.

Había que servirle su chocolate todas las mañanas, y necesitaba cuidados sin fin. Se quejaba continuamente de los nervios, del pecho, de sus humores. El ruido de pasos le molestaba; si se iban, no podía soportar la soledad; volvían a su lado y era para verla morir, sin duda. Por la noche, cuando Charles regresaba a su casa, sacaba por debajo de las sábanas sus largos brazos flacos, se los pasaba alrededor del cuello y haciéndole sentarse en el borde de la cama se ponía a hablarle de sus penas: ¡la estaba olvidando, amaba a otra! Ya le habían advertido que sería desgraciada; y terminaba pidiéndole algún jarabe para su salud y un poco más de amor.

## CAPÍTULO II

UNA noche, a eso de las once los despertó el ruido de un caballo que se paró justo en la misma puerta. La muchacha abrió la claraboya del desván y habló un rato con un hombre que estaba en la calle. Venía en busca del médico; traía una carta. Nastasie bajó las escaleras tiritando y fue a abrir la cerradura y los cerrojos uno tras otro. El hombre dejó su caballo y entró inmediatamente detrás de ella. Sacó de su gorro de lana con borlas una carta envuelta en un trapo y se la presentó cuidadosamente a Charles quien se apoyó sobre la almohada para leerla. Nastasie, cerca de la cama, sostenía la luz. La señora, por pudor, permanecía de cara a la pared dando la espalda.

La carta, cerrada con un pequeño sello de lacre azul, suplicaba al señor Bovary que fuese inmediatamente a la granja de Les Bertaux para componer una pierna rota. Ahora bien, de Tostes a Les Bertaux hay seis leguas de camino, pasando por Longueville y Saint-Victor. La noche estaba oscura. La nueva señora Bovary temía que a su marido le pasara algo. Así que se decidió que el mozo de mulas fuese delante. Charles se pondría en camino tres horas después, al salir la luna. Enviarían un muchacho a su encuentro para que le enseñase el camino de la granja y le abriese la valla. Hacia las cuatro de la mañana, Charles, bien enfundado en su abrigo, se puso en camino para Les Bertaux. Todavía medio dormido por el calor del sueño, se dejaba mecer por el trote pacífico de su caballo. Cuando éste se paraba instintivamente ante esos hoyos rodeados de espinos que se abren a la orilla de los surcos, Charles, despertándose sobresaltado, se acordaba de la pierna rota e intentaba refrescar en su memoria todos los tipos de fractura que conocía. Ya había cesado de llover; comenzaba a apuntar el día y en las ramas de

los manzanos sin hojas unos pájaros se mantenían inmóviles, erizando sus plumitas al viento frío de la mañana. El campo raso se extendía hasta perderse de vista y los pequeños grupos de árboles en torno a las granjas formaban, a intervalos alejados, unas manchas de un violeta oscuro sobre aquella gran superficie gris que se perdía en el horizonte en el tono mortecino del cielo. Charles abría los ojos de vez en cuando; después, cansada su mente y recobrando el sueño, entraba en una especie de modorra en la que, confundiéndose sus sensaciones recientes con los recuerdos, se percibía a sí mismo con doble personalidad, a la vez estudiante y casado, acostado en su cama como hacía un momento, atravesando una sala de operaciones como hacía tiempo. El olor caliente de las cataplasmas se mezclaba en su cabeza con el verde olor del rocío; escuchaba correr sobre la barra los anillos de hierro de las camas y oía dormir a su mujer. Al pasar por Vassonville distinguió, a la orilla de una cuneta, a un mozo joven sentado sobre la hierba.

—¿Es usted el médico? —preguntó el chico.

Y a la respuesta de Charles, cogió los zuecos en la mano y echó a correr delante.

El médico durante el camino comprendió, por lo que decía su guía, que el señor Rouault debía de ser un agricultor acomodado. Se había roto la pierna la víspera, de noche, cuando regresaba de celebrar la fiesta de los Reyes de casa de un vecino. Su mujer había fallecido hacía dos años. No tenía consigo más que a su «señorita», que le ayudaba a llevar la casa. Las rodadas se fueron haciendo más profundas. Se acercaban a Les Bertaux. El jovencito, colándose por un boquete de un seto, desapareció, luego reapareció al fondo de un corral para abrir la barrera. El caballo resbalaba sobre la hierba mojada; Charles se bajaba para pasar bajo las ramas. Los perros guardianes en la perrera ladraban tirando de las cadenas. Cuando entró en Les Bertaux su caballo se espantó y reculó.

Era una granja de buena apariencia. En las cuadras, por la parte superior de las puertas abiertas, se veían grandes caballos de labranza comiendo tranquilamente en pesebres nuevos. A lo largo de las instalaciones se extendía un estercolero, de donde ascendía un vaho, y en el que entre las gallinas y los pavos picoteaban cinco o seis pavos reales, lujo de los corrales

del País de Caux. El corral era largo, el granero era alto, de paredes lisas como la mano. Debajo del cobertizo había dos grandes carros y cuatro arados, con sus látigos, sus colleras, sus aparejos completos en cuyos vellones de lana azul se acumulaba el fino polvo que caía de los graneros. El corral iba ascendiendo, plantado de árboles simétricamente espaciados, y cerca de la charca se oía el alegre graznido de una manada de gansos. Una mujer joven, en bata de merino azul adornada con tres volantes, vino a la puerta a recibir al señor Bovary y le llevó a la cocina, donde ardía un buen fuego, a cuyo alrededor, en ollitas de tamaño desigual, hervía el almuerzo de los jornaleros. En el interior de la chimenea había ropas húmedas puestas a secar. La paleta, las tenazas y el tubo del fuelle, todo ello de proporciones colosales, brillaban como acero pulido, mientras que a lo largo de las paredes se reflejaba de manera desigual la clara llama del hogar junto con los primeros resplandores del sol que entraba por los cristales.

Charles subió al primer piso a ver al enfermo. Lo encontró en cama, sudando bajo las mantas y sin su gorro de algodón, que había arrojado muy lejos. Era un hombre pequeño y gordo, de unos cincuenta años, de tez blanca, ojos azules, calvo por delante de la cabeza y que llevaba pendientes. A su lado, sobre una silla, había una gran botella de aguardiente, de la que se servía de vez en cuando para darse ánimos; pero en cuanto vio al médico cesó de exaltarse, y, en vez de jurar como estaba haciendo desde hacía doce horas, empezó a quejarse débilmente.

La fractura era sencilla, sin ninguna complicación. Charles no se hubiera atrevido a desearla más fácil. Y entonces, recordando las actitudes de sus maestros junto a la cama de los heridos, reconfortó al paciente con toda clase de buenas palabras, caricias quirúrgicas, que son como el aceite con que se engrasan los bisturís. Para preparar unas tablillas, fueron a buscar en la cochera un montón de listones. Charles escogió uno, lo partió en pedazos y lo pulió con un vidrio, mientras que la criada rasgaba una sábana para hacer vendas y la señorita Emma trataba de coser unas almohadillas. Como tardó mucho en encontrar su costurero, su padre se impacientó; ella no dijo nada; pero al coser se pinchaba los dedos, que se llevaba enseguida a la boca para chuparlos.

Charles se sorprendió de la blancura de sus uñas. Eran brillantes, finas en la punta, más limpias que los marfiles de Dieppe y recortadas en forma de almendra. Su mano, sin embargo, no era bonita, quizá no bastante pálida y un poco seca en las falanges; era también demasiado larga y sin suaves inflexiones de líneas en los contornos. Lo que tenía más hermoso eran los ojos; aunque eran castaños, parecían negros a causa de las pestañas, y su mirada franca atraía con una audacia cándida.

Una vez hecha la cura, el propio señor Rouault invitó al médico a tomar un bocado antes de marcharse.

Charles bajó a la sala, en la planta baja. En una mesita situada al pie de una gran cama con dosel cubierto de tela estampada con personajes que representaban a turcos, había dos cubiertos con vasos de plata. Se percibía un olor a lirio y a sábanas húmedas que salía del alto armario de madera de roble situado frente a la ventana. En el suelo, en los rincones, alineados de pie, había unos sacos de trigo. Era el que no cabía en el granero contiguo, al que se subía por tres escalones de piedra. Decorando la estancia, en el centro de la pared, cuya pintura verde se desconchaba por efecto del salitre, colgaba de un clavo una cabeza de Minerva, dibujada a lápiz negro, en un marco dorado, y que tenía abajo, escrito en letras góticas: «A mi querido papá.»

Primero hablaron del enfermo, luego del tiempo que hacía, de los grandes fríos, de los lobos que merodeaban por el campo de noche. La señorita Rouault no se divertía nada en el campo, sobre todo ahora que tenía que ocuparse casi ella sola de la granja. Como la sala estaba fresca, tiritaba mientras comía, lo cual descubría un poco sus labios carnosos, que tenía la costumbre de morderse en sus momentos de silencio.

Llevaba un cuello vuelto blanco. Sus cabellos, cuyos bandós negros parecían cada uno de una sola pieza de lisos que estaban, se separaban por una raya fina que se hundía ligeramente siguiendo la curva del cráneo, y dejando ver apenas el lóbulo de la oreja, iban a recogerse por detrás en un moño abundante, con un movimiento ondulado hacia las sienas que el médico rural observó entonces por primera vez en su vida. Sus pómulos eran rosados. Llevaba, como un hombre, sujetos entre los dos botones de su corpiño, unos lentes de concha.

Cuando Charles, después de haber subido a despedirse del señor Rouault, volvió a la sala antes de marcharse, encontró a la señorita de pie, la frente apoyada en la ventana y mirando al jardín, donde el viento había tirado los rodrigones de las judías. Se retiró.

—¿Busca algo? —preguntó.

—Mi fusta, por favor —repuso el médico.

Y se puso a buscar sobre la cama, detrás de las puertas, debajo de las sillas; se había caído al suelo entre los sacos y la pared. La señorita Emma la vio; se inclinó sobre los sacos de trigo. Charles, por galantería, se precipitó hacia ella y, al alargar también el brazo en el mismo movimiento, sintió que su pecho rozaba la espalda de la joven, inclinada debajo de él. Emma se incorporó toda colorada y le miró por encima del hombro mientras le alargaba el látigo.

En vez de volver a Les Bertaux tres días después, como había prometido, volvió al día siguiente, luego dos veces por semana regularmente, sin contar las visitas inesperadas que hacía de vez en cuando, como por casualidad.

Por lo demás, todo fue bien; el proceso de curación fue normal, y cuando, al cabo de cuarenta y seis días, vieron que el tío Rouault comenzaba a caminar solo por su chabola, empezaron a considerar al señor Bovary como un hombre de gran capacidad. El tío Rouault decía que no le habrían curado mejor los médicos de Yvetot o incluso los de Rouen.

En cuanto a Charles, no se esforzaba mucho en averiguar por qué iba a Les Bertaux de buena gana. De habérselo planteado, sin duda habría atribuido su celo a la gravedad del caso, o quizás al provecho que esperaba sacar. ¿Pero era ésta la razón por la que sus visitas a la granja constituían, entre las pobres ocupaciones de su vida, una excepción encantadora? Aquellos días se levantaba temprano, partía al galope, picaba su caballo, después bajaba para limpiarse los pies en la hierba, y se ponía los guantes negros antes de entrar. Le gustaba que lo vieran llegar al corral, sentir contra el hombro la barrera que giraba, oír cantar el gallo en la pared y ver a los mozos que venían a su encuentro. Le gustaba el granero y las caballerizas; quería al tío Rouault, que le daba palmaditas en la mano llamándole su salvador; le gustaban los pequeños zuecos de la señorita



Emma sobre las baldosas bien lavadas de la cocina; sus altos tacones aumentaban su estatura, y, cuando caminaba delante de él, las suelas de madera, que se levantaban rápidamente, chasqueaban con un ruido seco contra el cuero de la botina.

Al marcharse, ella le acompañaba siempre hasta el primer peldaño de la escalinata. Hasta que no le traían el caballo, esperaba allí. Como ya se habían despedido, no se hablaban más; el aire libre la envolvía arremolinando los finos cabellos locuelos de su nuca o agitándole sobre la cadera las cintas del delantal que se enroscaban como gallardetes. Una vez, en época de deshielo, la corteza de los árboles chorreaba en el corral, la nieve se derretía sobre los tejados de los edificios. Emma estaba en el umbral de la puerta; fue a buscar su sombrilla y la abrió. La sombrilla, de seda de cuello de paloma, atravesada por el sol, iluminaba con reflejos móviles la piel blanca de su cara. Ella sonreía debajo del tibio calorcillo y se oían caer sobre el tenso muaré, una a una, las gotas de agua.

En los primeros tiempos en que Charles frecuentaba Les Bertaux, su mujer no dejaba de preguntar por el enfermo, e incluso en el libro que llevaba por partida doble había escogido para el tío Rouault una bella página. Pero cuando supo que tenía una hija, se informó; y se enteró de que la señorita Rouault, educada en el convento, con las Ursulinas, había recibido lo que se dice una esmerada educación, y sabía, por tanto, danza, geografía, dibujo, bordar y tocar el piano. ¡Fue el colmo!

«¿Así es que por esto —se decía— se le alegra la cara cuando va a verla, y se pone el chaleco sin miedo a que se lo estropee la lluvia? ¡Ah, esa mujer!, ¡esa mujer!»

Y la detestó instintivamente. Al principio se desahogó con alusiones que Charles no comprendió; luego, con reflexiones ocasionales que él dejaba pasar por miedo a la tormenta; finalmente, con ataques a quemarropa a los que él no sabía qué contestar.

—¿Por qué volvía a Les Bertaux, si el tío Rouault estaba curado y aquella gente aún no había pagado? ¡Ah!, es que había allí una persona, alguien que sabía llevar una conversación, bordar, una persona instruida. Era esto lo que le gustaba: ¡necesitaba señoritas de ciudad!

Y proseguía:

—¡La hija del tío Rouault, una señorita de ciudad!

¡Bueno, si su abuelo era pastor y tienen un primo que ha estado a punto de ser procesado por golpes en un altercado! No vale la pena darse tanto pisto ni presumir los domingos en la iglesia con un traje de seda como una condesa. Además, ¡pobre hombre, que si no fuera por las colzas del año pasado, habría tenido problemas para pagar deudas pendientes!

Por cansancio, Charles dejó de volver a Les Bertaux. Héloïse le había hecho jurar con la mano sobre el libro de misa, después de muchos sollozos y besos, en una gran explosión de amor, que no volvería más. Así que obedeció; pero la audacia de su deseo protestó contra el servilismo de su conducta y, por una especie de hipocresía ingenua, estimó que esta prohibición de verla era para él como un derecho a amarla. Y además, la viuda estaba flaca; tenía grandes pretensiones, llevaba siempre un pequeño chal negro cuya punta le caía entre los omóplatos; su talle seco iba siempre envuelto en unos vestidos a modo de funda, demasiado cortos, que dejaban ver los tobillos, con las cintas de sus holgados zapatos entrecruzadas sobre sus medias grises.

La madre de Charles iba a verles de vez en cuando; pero al cabo de unos días la nuera parecía azuzarla contra su hijo, y entonces, como dos cuchillos, se dedicaban a mortificarle con sus reflexiones y sus observaciones. ¡Hacía mal en comer tanto! ¿Por qué convidar siempre a beber al primero que llegaba? ¡Qué terquedad en no querer ponerse ropa de franela!

Ocurrió que, a comienzos de la primavera, un notario de Ingouville, que tenía fondos de la viuda Dubuc, se embarcó un buen día, llevándose consigo todo el dinero de la notaría. Es verdad que Héloïse poseía también, además de una parte de un barco valorada en seis mil francos, su casa de la calle Saint-François; y, sin embargo, de toda esta fortuna tan cacareada, no se había visto en casa más que algunos pocos muebles y cuatro trapos. Había que poner las cosas en claro. La casa de Dieppe estaba carcomida de hipotecas hasta sus cimientos; lo que ella había depositado en casa del notario sólo Dios lo sabía, y la parte del barco no pasó de mil escudos. ¡Así que la buena señora había mentido! En su exasperación, el señor Bovary padre, rompiendo una silla contra el suelo, acusó a su mujer de haber causado la desgracia de su hijo uniéndole a

semejante penco, cuyos arreos no valían nada. Fueron a Tostes. Se explicaron. Hubo escenas. Héloïse, llorando, se echó en brazos de su marido, le conjuró a que la protegiera de sus padres. Charles quiso hablar por ella. Los padres se enfadaron y se marcharon.

Pero el mal estaba hecho. Ocho días después, cuando Héloïse estaba tendiendo ropa en el corral, escupió sangre, y al día siguiente, mientras Charles se había vuelto de espaldas para correr la cortina de la ventana, la mujer dijo: «¡Ah!, Dios mío», lanzó un suspiro y se desvaneció. Estaba muerta. ¡Qué golpe!

Cuando todo acabó en el cementerio, Charles volvió a casa. No encontró a nadie abajo; subió al primero, a la habitación, vio el vestido de su mujer todavía colgado en la alcoba; entonces, apoyándose en el escritorio, permaneció hasta la noche sumido en un doloroso sueño. Después de todo, la había querido.

### CAPÍTULO III

UNA mañana el tío Rouault fue a pagar a Charles los honorarios por la compostura de su pierna: setenta y cinco francos en monedas de cuarenta sueldos<sup>1</sup>, y un pavo. Se había enterado de la desgracia y le consoló como pudo.

—Ya sé lo que es eso —decía, dándole palmaditas en el hombro—; yo también he pasado por ese trance. Cuando perdí a mi pobre difunta, me iba por los campos para estar solo, caía al pie de un árbol, lloraba, invocaba a Dios, le decía tonterías; hubiera querido estar como los topos<sup>2</sup>, que veía colgados de las ramas, con el vientre corroído por los gusanos, muerto, en una palabra. Y cuando pensaba que otros en aquel momento estaban estrechando a sus buenas mujercitas, golpeaba fuertemente con mi bastón, estaba como loco, ya no comía; la sola idea de ir al café, puede creerme, me asqueaba. Pues bien, muy suavemente, un día tras otro, primavera tras invierno y otoño tras verano, aquello se fue pasando brizna a brizna, migaja a migaja; aquello se fue, desapareció, bajó, es un decir, pues siempre queda algo en el fondo, como quien dice... un peso aquí, en el pecho. Pero como es el destino de todos, no hay